

Santiago Santana

M.<sup>a</sup> Belén Morales

José Abad

Teo Mesa

Rijo

Ana Luisa Benítez

José Robaina

Paco Cruz

Antonio Juan Machín

Miguel Rodríguez



# A EDUARDO GREGORIO

EXPOSICIÓN HOMENAJE DE  
CULTORES CANARIOS



T. Mesa '90



## EDUARDO GREGORIO: DIEZ ESCULTORES PARA UN HOMENAJE

En un bar-restaurante regentado por un miembro histórico del Partido Socialista Obrero Español, nos reunimos una tarde —con la noche ya inminente— varios amigos entre los que figuraban Mario Pons Cabral, Felo Monzón, Juan Ismael, Eliseo Jeréz Veguero, Eduardo Gregorio López y yo —accidentalmente Secretario de la Escuela “Luján Pérez”— en una charla informal sobre arte, filosofía, política, etc., y, sobre todo, lo que nos inquietaba en aquellos momentos: la situación que se vivía en España. Veníamos, algunos, de la inauguración de una muestra de pintura en la desaparecida Sala de Arte de la calle Pi y Margall, y otros de la propia Escuela “Luján Pérez”, menos Eduardo Gregorio que venía de visitar a una extraordinaria persona: el farmacéutico Miguel Padilla. No recuerdo qué año era de la década de los setenta, pero sí me acuerdo que la charla empezó a girar en torno al quehacer escultórico de Eduardo Gregorio, al que Mario Pons, con aquella vehemencia que le caracterizaba, le reprochó su indolencia en cuanto a producción de su propia obra. Una producción escasa, ciertamente, pero que Gregorio justificaba por una serie de circunstancias, entre las que destacaba lo de su incoformidad. Decía él que era incapaz de llevar sus ideas a la materia hasta no estar convencido de que cualquiera de sus esculturas reflejara lo que él había concebido. No se sentía, ni mucho menos, un artista frívolo, sino un hombre comprometido con su vocación, pero que, absorbido por una exigencia que desbordaba su propia fuerza —suponemos que la creativa—, muchos de sus intentos se quedaban en meros bocetos, en trazos esquemáticos. Esa exigencia de la que hablaba Gregorio venía a ser más que una volutad de afirmación artística una actitud que estaba por encima de la propia existencia: un perpetuo compromiso con la sociedad y el hombre. Para el escultor la obra de arte tiene un sentido de exigencia en sí misma, sin ninguna ambivalencia. No es preciso que contente a nadie en sí, pero sí, en sus contenidos; la obra de arte lleva implícita una resurrección de su simbología. La obra de arte, en consecuencia, es el factor indomable que el individuo opone a la sociedad y a sus mecanismos rutinarios.

Aquel aspecto socarrón de Gregorio no se correspondía en nada con su ideario frente al fenómeno artístico. Reconocía su indolencia, no obstante sentirse dentro de una actividad constante en cuanto a lo que pensaba de la escultura una vez que ésta había roto las techumbres del viejo edificio de la tradición a través de los Archipenko, Brancusi, Moore y todas las experimentaciones llevadas a cabo por la Banhaus. Confesaba

el artista que, humildemente, era un ecléctico más que un reformador, pero que tal vez en muchas de sus obras se revelara lo persuasivo y también lo consecuente. De ahí que en las esculturas de Gregorio destaque una fidelidad con su propio carácter: la idiosincrasia isleña.

Ahora, a dieciseis años de su muerte, ocurrida en 1974, la figura de Eduardo Gregorio adquiere una dimensión importante. La que le corresponde en el contexto de nuestra cultura. Nada tiene que ver que su obra escultórica haya sido escasa; lo importante es que no ha fenecido. Al contrario, está experimentando una vigorosa resurrección. Y, como reconociera Felo Monzón, en Gregorio había un escultor de gran talento y sensibilidad. Ahí está —aunque tengamos que recurrir a él repetidamente— su ángel de alabastro con tantas resonancias en lo que a forma se refiere. Ahí están las cabezas de Alonso Quesada y de ese pescador del sur —ésta propiedad de la familia de Mario Pons—, que son buena muestra del sentimiento creativo del escultor.

Su inquietud, en los últimos años de su vida, lo llevó a la experiencia de la cerámica. En este campo logró piezas exquisitas, excelentes por su perfeccionamiento y su concepción. Fue, la cerámica, una tentativa postrera de Eduardo Gregorio. Una nueva orientación de sus indudables búsquedas y experimentaciones, donde cabe mencionar su obra para la Escultura en la calle en Santa Cruz de Tenerife. También aquí, en la cerámica, como en la escultura, fue un auténtico maestro, maestría que demostró desde su taller en Tafira.

Pero Gregorio fue para Juan Ismael un artista contradictorio y desconcertante dotado de unos atributos escultóricos poco frecuentes. De ahí que diez destacados escultores le hayan dedicado este recuerdo y homenaje. Ellos son: Santiago Santana, María Belén Morales, José Abad, Teodoro Mesa, Rijo, Ana Luisa Benítez, José Robaina, Paco Cruz, Antonio Juan Machín y Miguel Rodríguez. Todos han coincidido en el gesto. Hay que saber distinguir merecimientos, y Eduardo Gregorio es de los que se distinguían. Que conste.

AGUSTÍN QUEVEDO

Octubre de 1990



CABEZA DE CAMPESINA  
Tamaño natural.  
Caoba.



DESNUDO  
Ébano. 120 cms. de alto.  
1947

*EDUARDO GREGORIO: Frustado arquitecto, marinero en tierra, maestro de maestros, pintor desconocido, gran escultor, excelente ceramista.*

El joven grancanario que quiso y no pudo realizar estudios de arquitectura, por causas económicas, decide buscar su futuro en la marina mercante, acabando los estudios de náutica. Aunque nunca embarcará por no sugestionarle demasiado la vida del mar.

Cultivó además la pintura, teniendo en su haber obras de meritoria calidad, si bien el número de estas no es demasiado elevado y sólo son conocidas por sus amigos y críticos más íntimos.

Entre los años 1910-1918 es cuando se siente atraído y motivado por las inquietudes artísticas que desde su infancia pululaban en su sesera. Es así, como con ciertas escapadas del colegio, acude a ver y asimilar el oficio de ebanistería —de tanto arraigo en Canarias en aquellos años—. Será seguidamente Don Manuel Quintana Torres, su primer maestro en este noble oficio; quien lo introduce en los secretos de la madera, herramientas y primeros tímidos e ingenuos golpes en la forma y volumen.

La recién creada Escuela Luján Pérez, en 1918, acoge en sus aulas al inquieto joven y futuro valor de la plástica canaria. En ella recibe clases de dibujo, pintura y volumen, del primer profesor y uno de los mentores de dicha Escuela, Juan Carló. Este evento es de vital importancia en su evolución artística, ya que comienza con toda seriedad e interés su definición por el mundo de las Bellas Artes.

Es en 1923, cuando por incitación de su tío el párroco de Guía, Rvdo. Martín Morales, se compromete a realizar su primera gran obra, en cuanto a técnica y contenido, si bien el argumento fue documentado por dicho párroco, basado en simbología y pasajes eclesiásticos. Se trató de un púlpito de gran tamaño, que aún se contempla y usa en la iglesia de Guía.

La aludida obra escultórica no se quedaría tan sólo en lo anecdótico de ser su primer serio compromiso, sino que la repercusión y prestigio de la misma en el ámbito del arte canario, le llevarán a que el pintor Néstor Martín-Fernández de la Torre le llamara para colaborar en la realización de varias tallas, que el propio Néstor diseñara

para el Teatro Pérez Galdós, para el que tallará una serie de motivos florales y frutas tropicales, así como otros elementos, que causaron la admiración del pintor y de la crítica.

Otro acontecimiento va a marcar en 1927, la vida de nuestro artista y el devenir de los valiosos artistas que estarán bajo su tutela pedagógica. Es la muerte de Juan Carló, lo que supondrá una seria preocupación y duda para los mentores y fundadores de la Escuela, el encontrar un docente que continuara la filosofía que desde sus inicios se trazara la Luján Pérez, como eran el autodidactismo y la libre creatividad artística a la par con la vanguardia europea, sin más enseñanzas regladas coaccionantes hacia los tutelados en formación artística. Todo esto, hace que por aclamación de fundadores, protectores y alumnos sea el segundo profesor de la Escuela, cuando contaba con 23 años.

Tiene como alumnos a una pléyade de jóvenes que ya mostraban su talento artístico, y que en un futuro serían los que dieran gran prestigio al arte canario, éstos son, entre otros: Santiago Santana, Plácido Fleitas, Juan Jaén, Jesús Arencibia, Felo Monzón, Juan Márquez, Juan Ismael, Jorge Oramas, Abraham Cárdenes, Miguel Márquez, Emilio Padrón, etc., etc.

Tras veinte años de actividad docente en la Escuela Luján Pérez decide abrirse nuevas rutas artísticas. Idea que siempre tuvo en su mente para sentirse auténtico artista y no quedarse obsoleto y anquilosado en su actividad, creatividad y evolución plástica. A tal fin, emprende viaje en 1947, con su esposa Juana Teresa García, hacia Tossa de mar, pueblo de Gerona, que en los estíos era lugar de encuentro de diversos artistas de todos los lugares, convirtiendo el pequeño lugar costero en un cenáculo de actividad artística. Participa en el Salón de Octubre y se pone en contacto con algunos artistas, historiadores y críticos, entre ellos con Rafael Benet, pintor con quien expondrá en Madrid, en la Galería Biosca, y en Barcelona en "Los Once". Tras su muestra en Madrid, donde tuvo una muy buena acogida, es seleccionado por Eugenio D'Ors, por la Academia Breve de Crítica de Arte, (de quien dijo: "que era el gran descubrimiento del arte español"), para una exposición en 1943 junto a los escultores Ángel Ferrant y Cristino Mallo.

En 1951 es designado por la Dirección General de Relaciones Culturales para representar a la escultura española en la semana internacional de Tánger, donde obtiene el premio de honor.

La vida en Tánger le cede para su actividad artística, allí se trasladará a vivir hasta 1955, lugar donde tomará sus primeros contactos con la cerámica trabajando al unísono la escultura.

Ese mismo año se celebra en Barcelona la III Bienal Hispano-Americana de Arte, regresando a la ciudad Condal y participando en dicha muestra. Decide establecerse en el pueblo de Masnou para estar más cerca de las tertulias del café Gijón de Barcelona, y de todo el ambiente artístico y cultural.

En 1957 el pintor venezolano Cruz Díez le anima a presentar su obra en el Museo Nacional de Bellas Artes de Caracas, para lo cual marcha a Venezuela en compañía de Juana Teresa. Las ventas de dicha muestra le irán muy bien, por lo que deciden quedarse a residir y trabajar en la capital caribeña.

Entre los años 1957-1960, fue profesor de escultura de la Escuela Nacional de Bellas Artes "Cristóbal Rojas", de Caracas. Es también nombrado profesor de cerámica de la Escuela de Bellas Artes de Valencia (Carabobo). Y docente de la Escuela de Bellas Artes de Maracay.

Con una dolencia de origen cardiaco, regresa a Gran Canaria, en el año 1963, donde continuaría trabajando.

La Caja de Ahorros de Canarias le establece un estudio-taller en Las Palmas donde continúa su investigación plástica, y su trabajo en cerámica y tierras canarias aplicadas a la misma, con impartición de clases en estos menesteres.

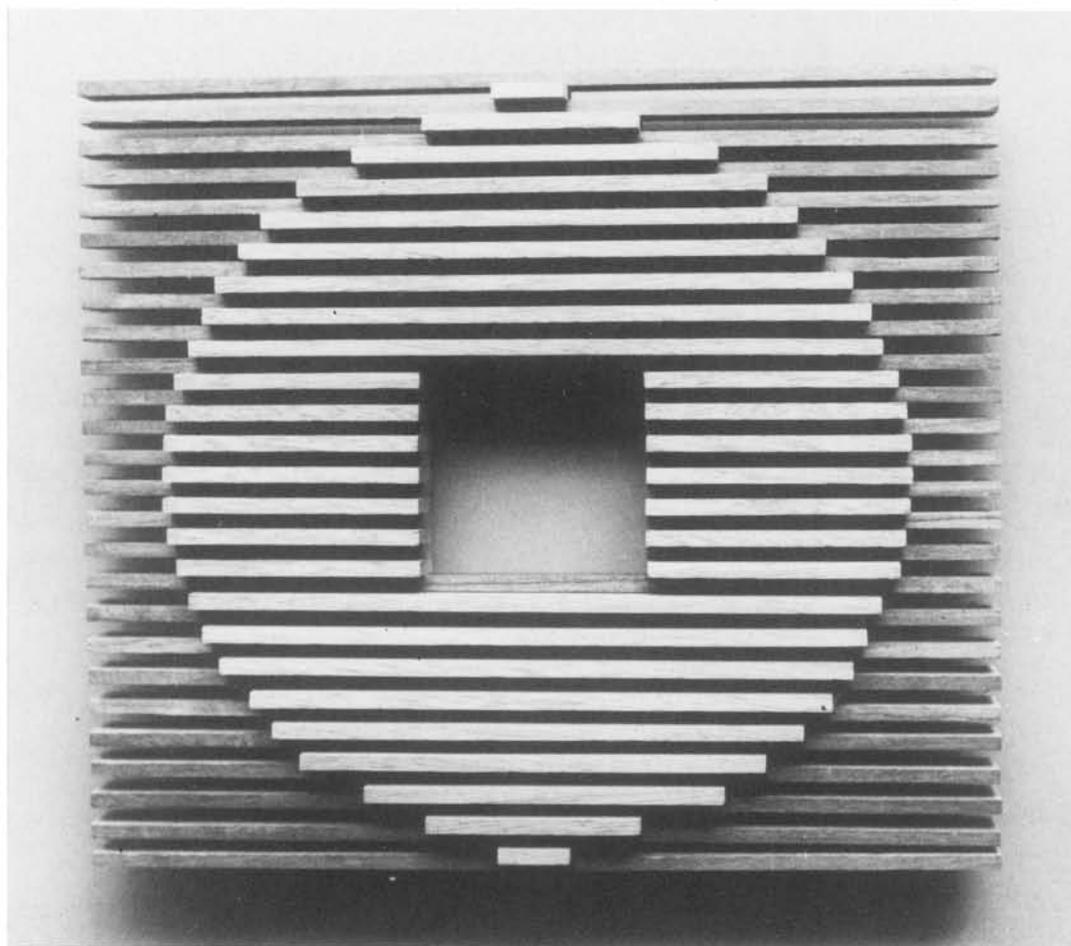
Su vida acaba el 30 de Agosto de 1974, en su ciudad natal, sin que aún se valore la gran calidad de su obra en justo reconocimiento dentro del arte de Canarias.

TEO MESA

(Agosto 1990)



CRISTO (3 CLAVOS)  
Tamaño natural.  
Caoba.



CONSTRUCCIÓN CINÉTICA

Relieve de madera pintada.

32 x 29 cms.

Me animan los organizadores de la exposición homenaje a mi marido, a escribir unas líneas. Para ello, deseo destacar, al objeto de dejar muy claro, algunos conceptos que herroneamente se tienen sobre Gregorio. Éstos los voy a resumir tan sólo a dos: su personalidad y su arte.

Era Gregorio sumamente humanitario, entrañable amigo de sus amigos, a quiénes defendía de cualquier injuria y agasajaba en cualquier momento. Lloró muchas veces en los avatares que éstos pasaron.

Ayudó a todo aquel que le necesitaba, compartiendo su casa y su estudio en varias circunstancias.

Su buena voluntad, consejos y colaboración quedaron siempre manifiestos en el campo de la enseñanza, en la cual estuvo entregado con mucho cariño a sus alumnos durante gran parte de su vida. Muchos artistas canarios y extranjeros trabajaron y recibieron formación en su estudio de forma desinteresada y humana.

En sus investigaciones plásticas jamás se mostró receloso ni escondía mezquinamente sus hallazgos y su técnica de trabajo a quiénes por ellas se interesaban, fueran o no artistas.

De siempre estuvo muy ligado a la clase trabajadora, a la que prefería, y con la que compartía su ocio en partidas de cartas y en copas. No fue hombre de apego a la clase pudiente y menos a los poderes establecidos.

Políticamente se definió de simpatías republicanas, de la izquierda de entonces, pero no militaría en partido alguno.

Es incierto e injusto que a Gregorio se le aplique el tópico de "artista poco trabajador". Era bastante trabajador. El particularmente no aceptaba la idea de una labor cotidiana y constante en el interior de su estudio de forma física aunque si estaba continuamente elaborando mentalmente su nueva obra. Cuando ésta la tenía madura la ejecutaba con toda pasión en el interior del taller del cual no salía para nada, ni tan sólo a buscar su tabaco, que yo le alcanzaba.

Un ejemplo de su tenacidad fueron las maderas de ébano que llevó desde Las Palmas hasta Tossa de Mar, donde realizaría sin salir de su taller dieciseis piezas de forma continuada, para la exposición de Madrid en el año 1943.

Su formación autodidacta en escultura, pintura y posterior investigación y elaboración de cerámicas pueden dar ideas de su constante laboriosidad.

Fue un auténtico artista, abandonó el bienestar de los negocios por la dedicación íntegra al arte, con las consabidas amarguras económicas y vitales que conlleva esta determinación, pero vivimos del arte —y de la enseñanza posteriormente— y fue muy feliz con esa decisión.

La obra de Gregorio ha sido estimada altamente en la Península y en Venezuela, pero ha estado muy poco apreciada y casi olvidada en su tierra natal, excepto por algunos, por lo que creo que aún no se ha hecho justicia a este hombre y a su obra.

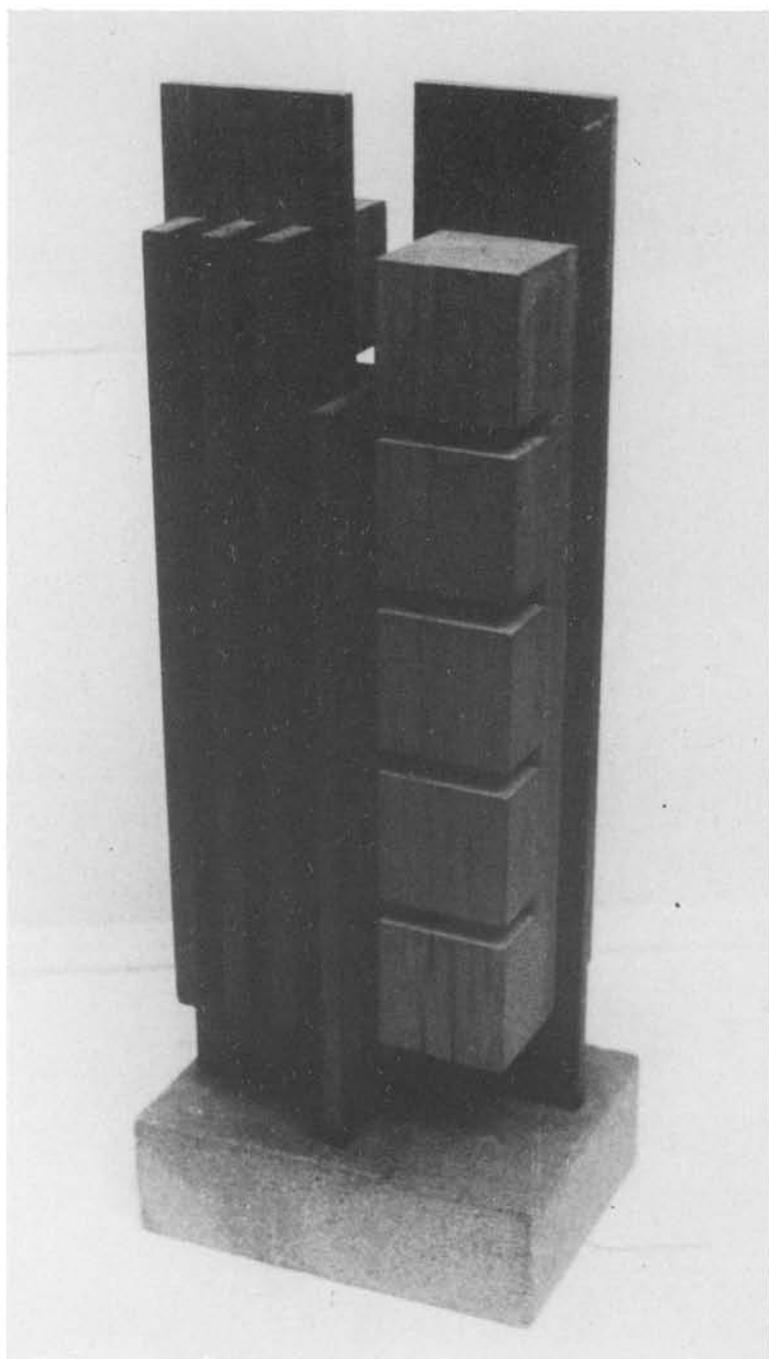
Agradezco infinitamente la iniciativa y esfuerzo a los organizadores de esta exposición homenaje a Eduardo Gregorio.

JUANA TERESA GARCÍA

(Esposa de Eduardo Gregorio)



ELEFANTE  
Tea. 28 × 10 × 9 cms.  
1929



FORMA CINÉTICA  
Riga. 38,5 × 15 × 10 cms.  
1968 (aprox.).





MAQUETA-BOCETO PARA PLAZA DE ESPAÑA  
Vitacola. 37 x 17 x 17 cms.  
1971



EXCMO. CABILDO INSULAR  
DE GRAN CANARIA

**G A L E R I A   D E   A R T E**

C/. LOS MALTESES N.º 16 - 1.º  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
☎ 37 18 63

Del 23 de Noviembre al 14 de Diciembre de 1990